

Eduardo Acevedo Díaz



Sin Lápida...

textos.info
biblioteca digital abierta

Sin Lápida...

Eduardo Acevedo Díaz

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 8420

Título: Sin Lápida...

Autor: Eduardo Acevedo Díaz

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 8 de agosto de 2024

Fecha de modificación: 8 de agosto de 2024

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Sin Lápida...

En lo alto de la loma, estaba el cementerio de piedra, con partes de su muro derruidas. Varias cruces de hierro y de madera rústica sobresalían de los escombros, rodeadas de cardos y cicutas. Dos o tres túmulos en forma de templetos, con sus puertas ya sin verjas, alzándose entre esos símbolos y esas hierbas, enseñaban a trozos desnudo el ladrillo, y en las grietas, ramajes de gramilla y musgo. Un féretro viejo, con míseros despojos, sin tapa, se veía casi volcado junto a la entrada. Más allá, en húmedo rincón, el ataúd de una criatura, forrado en coco azul. Tenía encima una mata de claveles del aire muy blancos y apenas abiertos. En derredor, clavados en tierra, había hasta una docena de cabos de bujías, que ardieron sin duda toda la noche.

Era muy honda allí la soledad. En aquel vivero de ofidios, se respiraba aire extraño de osamenta y pasto verde. El sol derramaba intensa su claridad sobre tanta miseria, calentando por igual tierra, huesos y reptiles.

El campo estaba desierto y silencioso; sólo a lo lejos, en medio de secos cardizales, algunas gamas dispersas asomaban sus finas cabezas dominando los penachos violáceos, como atentas a una banda de ñandúes que giraban encelados con el alón tendido.

Cuando el pobre convoy llegó al sitio, serían las dos de la tarde. Se componía de cinco hombres y dos mujeres. El cajón era de pino blanco, con una cruz de lienzo del mismo color en la cabecera.

Había salido de los ranchos negros, que desde allí aparecían como hundidos en el fondo del valle, a modo de enormes hormigueros circuidos de saúcos.

Pusieron el ataúd en el suelo los conductores, y respiraron con fuerza, enjugándose los rostros con los pañuelos que traían anudados al pescuezo.

Las mujeres, una ya anciana, la otra niña todavía, se sentaron llorando en

las piedras desprendidas del muro.

—Ya estamos, —dijo la primera—. ¡Cuánto cuesta llegar aquí!...

—¡Aquí! —repuso la niña ahogando un sollozo, y en voz bajita. —¿De aquí es que salen de noche, madre, esas luces que andan?

—Las ánimas benditas, Guma. No olvidan que estuvieron en el mundo.

—¿Entonces volverá la de Goyita?

—¡Ay, sí! Pero acercarse a ellas es morir.

—¡Vamos! —prorrumpió el más maduro de aquellos hombres.

Uno, joven y robusto, que traía una pala y un azadón al hombro, se adelantó en silencio, y comenzó a abrir la tierra.

Los otros descubrieron el féretro.

La vieja se arrastró sobre sus rodillas, y besó el rostro del cadáver.

Era el de una joven hermosa, de undosa cabellera y negras pestañas. Se destacaba, como dormida su cabeza, de la mortaja. ¡Cuánto brillo hubo en aquellas grandes pupilas que dejaban visibles los párpados entreabiertos, y que nunca habían de admirar más la luz del sol! La mortaja era de una humilde tela negra, tan negra como su pelo y sus pestañas. Tenía la muerta cruzadas las manos sobre el pecho, y entre ellas un rosario de cuentas de madera, con crucecita de hueso. Parte del cabello, caído acaso por hábito antiguo sobre la sien derecha, simulaba perfecta el ala de un tordo. Su boca pequeña, que fue sin duda botón de ceibo, y cuyo labio superior se mostraba ligeramente alzado, exhibía bien visible todavía la huella del último dolor. Una burbujilla de espuma blanca aparecía seca en la comisura, y este rastro epiléptico justificaba la honda desolación de la efigie, más semejante al de una virgen martirizada que al de una doncella dulcemente muerta en flor.

Abierto el hoyo, aprisa, y nada profundo, en él la colocaron y echaron tierra.

Las mujeres en silencio...

Concluida la tarea, los hombres encendieron cigarrillos, cambiaron pocas

palabras a media voz, recogieron las herramientas y se fueron paso a paso.

Con andar más lento, los siguió la vieja, del brazo de la niña; pero, una y otra se volvían de vez en cuando para mirar el sitio abandonado, y resollar con fuerza.

Y se alejaron, hasta perderse en las asperezas que rodeaban el valle, que eran para ellos la cintura del mundo conocido...

Como que todo lo vi, lo recuerdo muy bien.

Era en el valle de Arerunguá, y a esa hora el sol radiante reverberaba sobre las hierbas, como si éstas se evaporasen.

Un potro doradillo, semi trabado por un tiro de boleadoras, y que venía despavorido, con el ojo hecho ascua, bañado en espumas, penetró por uno de los portillos de aquella necrópolis vergonzante, hundió los cascos delanteros en la sepultura recién abierta, hasta hacer saltar el ataúd por uno de sus extremos dejándolo al descubierto; y al librarse allí de su grillete, enarcó el cuello briosamente con la crin en remolino, dio un salto prodigioso por encima de las piedras, se detuvo un momento, nervioso y temblando, chorreándole el sudor por cabeza y remos, y lanzó un relincho parecido al grito de una fiera, con un vigor tan intenso que llenó de vida aquellas soledades.

En la parte de la cabecera, las tablas del féretro endeble saltaron hacia arriba, dejando al aire la cabeza de la muerta.

Más que dormida, parecía sonreír a la luz esplendorosa.

Tal vez, por el estrujón brutal, el rostro se había vuelto un tanto sobre la derecha, y la crencha de ala de tordo, le cubría la mejilla como un tejido de crespón.

No sé por qué creí notar que sus ojos estaban más abiertos.

Acaso, para dar salida a las luces que andan, postreros resplandores de las almas que estuvieron en el mundo!

Eduardo Acevedo Díaz



Eduardo Acevedo Díaz (Villa de la Unión, Montevideo, 20 de abril de 1851 – Buenos Aires, Argentina, 18 de junio de 1921), escritor, periodista y político uruguayo perteneciente al Partido Nacional. Es considerado como el iniciador de la novela nacional de su país, tomó parte activa en la política y sufrió varios destierros.

Hijo de Norberto Acevedo Maturana y Fátima Díaz, su abuelo materno, el general Antonio F. Díaz, fue ministro de Manuel Oribe en el Gobierno del

Cerrito; y su padre Norberto era hermano del notable jurista Eduardo Acevedo Maturana. Entre 1866 y 1868 realiza el bachillerato siendo compañero de Pablo de María y Justino Jiménez de Aréchaga en la Universidad Mayor de la República, graduándose de bachiller.

En 1868 se asocia al Club Universitario en el que su genio literario se exhibe brillantemente. Ingresa en la Facultad de Derecho en 1869. El 18 de septiembre, publica en El Siglo su primer texto, un tributo a su abuelo materno muerto seis días antes. En abril de 1870 abandona la Universidad para ingresar en el movimiento revolucionario de Timoteo Aparicio contra el gobierno colorado de Lorenzo Batlle. Hacia el fin de la Revolución de las Lanzas en 1872 publica en el periódico "La República" (diario fundado por él) su primer relato, Un sepulcro en los bosques. Firma el manifiesto Profesión de fe racionalista en 1872, en el que se cifra la creencia en la eternidad del alma y en un Dios Supremo; a su vez firma la Contra Pastoral, texto adverso a un documento del Vicario católico. A tres meses de concluida la guerra (julio de 1872), ya en Montevideo comienza a militar en el Partido Nacional.

Escribe para "La Democracia" en 1873, y crea "La Revista Uruguaya" en 1875. Desde estos órganos de prensa ataca al gobierno de Pedro Varela, lo que le vale su primer destierro. Tras la fracasada revolución "Tricolor" contra aquel gobierno, se establece en Argentina, donde continúa sus actividades periodísticas (en La Plata y Dolores).

Vuelve a Uruguay, pero sus críticas a Lorenzo Latorre desde "La Democracia" lo obligan a huir a Buenos Aires. De regreso en Montevideo funda "El Nacional" (famoso en la historia del periodismo uruguayo). Es elegido senador por el Partido Nacional e interviene en la segunda insurrección del caudillo nacionalista Aparicio Saravia, en 1897.

Integrante del Consejo de Estado en 1898, se alejará políticamente de Saravia en los años posteriores, acordando un apoyo cada vez más decidido a José Batlle y Ordóñez, lo cual traerá como consecuencia su alejamiento del Partido Nacional y luego del país (cuestión que explica en su Carta Política publicada en El Nacional). Batlle le encargó misiones diplomáticas en distintos países de Europa y América, que se extienden entre 1904 y 1914. Posteriormente, no volverá a su país de origen: falleció el 18 de junio de 1921 en Buenos Aires, pidiendo expresamente que sus restos no fueran repatriados al Uruguay.

En reconocimiento a su obra uno de los sillones de la Academia Nacional de Letras del Uruguay lleva su nombre.